

El pasado del futuro de una ciudad

Alejandro González Milea. *Una mirada a los constructores de una ciudad fronteriza. Ingenieros, arquitectos y maestros de obra en Ciudad Juárez (1888-1928)*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Chihuahua, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Chihuahua, Ciudad Juárez, 2021, 200 pp.

Ricardo León García*



Alejandro González Milea lleva al lector a reflexionar sobre aspectos relevantes de Ciudad Juárez a partir de haberse metido a escudriñar papeles viejos para comprender la posibilidad de existencia de la planeación urbana y los derroteros que habría tenido al menos en los primeros cuarenta años de su existencia con este nombre la ciudad a la que honra con su texto.

Lanza una mirada a esos constructores que hicieron posible que ahora pensemos en un esfuerzo de la gente que habitó este lugar a fines del XIX e inicios del XX para colocar a Ciudad Juárez en el mapa de localidades sintonizadas en la modernidad. Como ha sucedido hasta ahora, son múltiples los obstáculos para que esto pueda suceder con éxito. Desde adentro o desde afuera, por motivos estructurales o coyunturales, por negativas o por imposibilidades, algún conflicto siempre está presente.

La ciudad que aborda González Milea es un conglomerado indeciso entre permanecer en la ruralidad o treparse al tren de las promesas de la modernidad que formulaba el liberalismo del siglo antepasado. Las contradicciones en el seno de la sociedad juarense llevaron a la creación de tensiones que no siempre han sido solucionadas conforme al bienestar de la mayoría, aunque es poco probable ponerse de acuerdo en qué es lo que conviene a la mayoría o desde cuáles puntos de vista debe tomarse ese conjunto de decisiones.

* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Fecha de
Recepción:
2021-11-30
Fecha de
aceptación:
2021-12-02



En todo caso, durante este periodo la ciudad se transformó de manera relativa desde diversos puntos de vista: se construyeron edificios para instituciones públicas, como un mercado, una cárcel y escuelas; se levantaron monumentos conmemorativos y también se arreglaron plazas, jardines y parques. Se modificó el trazado de calles y las agrupaciones de manzanas, y se introdujeron nuevas técnicas de iluminación, instalaciones de gas, y una corta red de agua potable y drenaje. También el auge de la ciudad, con relación a la particular dinámica de la frontera con Estados Unidos, provocó un movimiento inusitado en el sector comercial (p. 12).

La invitación que hace González Milea es a revisar “huellas y testimonios que sugieren que algo ha sucedido”. Posiblemente de esa manera se pueda averiguar en el futuro de quién se pensaba al transformar la ciudad.

Cuando se plantea la confrontación entre lo antiguo y lo nuevo, entre la tradición y el cambio, se ubica uno de los grandes dilemas para los habitantes de Ciudad Juárez en el lapso que se trata en el libro: la vocación agrícola del terreno secularmente preparado para recibir el riego de las aguas del río Grande, contra la ilusión de construir la ciudad moderna, comprometida con el desarrollo industrial, el crecimiento comercial y la transferencia rápida de mercancías y materias primas para alcanzar el progreso cantado como la máxima expresión de la grandeza humana. A nadie se le podría ocurrir en

ese tiempo el oxímoron del desarrollo sustentable.

La cara de la ciudad, los problemas a los que se enfrentaban los proyectos de crecimiento, la disyuntiva que planteaba construir o modificar, estuvieron siempre relacionados con la contradicción expresada: esa competencia entre asentamiento rural agrícola y el establecimiento de una urbe moderna. Las decisiones salomónicas, como se han dejado ver, no implicaron más que un rostro ciudadano repleto de cirugías cosméticas que contribuyeron a cubrir los problemas estructurales con un velo coyuntural, mientras yacen en espera del peor momento para emerger y volver a poner en aprietos a los ciudadanos... lo cual, hay que decirlo, abre la puerta para que el oportunismo de quienes dicen servir a la ciudad se muestre en todo su esplendor.

Mi lectura del texto del doctor González Milea va en ese sentido. ¿Cuál debe ser el rumbo de la planificación urbana? Evidentemente, los planteamientos que conocemos de esas cuatro décadas que estudia el autor, sobre las necesidades de la ciudad, se han formulado desde las élites.

Ciudad Juárez se enfrentaba, a finales del siglo XIX, a la necesidad de mantener sus tierras de cultivo con el sistema de acequias para su irrigación, posible tan solo si se continuaba con una tradición de asentamiento disperso, con un esquema organizativo que privilegiaba la toma de decisiones de manera horizontal, por lo que reque-



ría de un alto grado del sentido de comunidad. Por otra parte, surgía la glamorosa idea de construir la ciudad moderna que, por fuerza requiere a) concentrar a la población, b) ordenar el territorio bajo formas en las que prevalecen las líneas y los ángulos rectos, c) estar representado en un papel, d) que se reconforme la autoridad bajo modelos verticales y e) que se privilegie la iniciativa individual y competitiva a fin de obtener de manera rápida los beneficios que conlleva la participación decidida en el mercado mundial.

Por otro lado, es necesario tener conciencia de que las consecuencias de las avenidas del río Grande y los repentinos cambios en su cauce requerían ser considerados como un problema de índole prioritaria, sobre todo a partir del establecimiento de la frontera internacional con el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848. De ahí que fue imprescindible la presencia de “especialistas” dedicados a la prevención de los conflictos surgidos de este tipo de cambios.

También, se hizo cada vez más necesaria la presencia de gente que impulsara soluciones a las inundaciones en tiempo de lluvia, debido al agua que bajaba por los cauces de los arroyos desde la Sierra de Juárez. Este problema cobró gravedad una vez que los terraplenes de los ferrocarriles se construyeron partiendo la ciudad en dos: los sistemas naturales de desagüe fueron obstaculizados y a partir de entonces ha sido necesaria la intervención permanente para desalojar grandes acu-

mulaciones de agua dentro del territorio urbanizado. Baste recordar que el eterno reclamo para sacar del Centro de la ciudad las vías parte de la ilusión de que las compañías invertirán en un cruce diferente al planteado por siglos, por la tradición.

No se trata de un asunto de tradición versus modernidad, sino de montos de inversión. No es gratuito que el principal y menos oneroso cruce del río en la zona se haya establecido en lo que llamamos el Centro de Juárez. Se trata del punto de menos complicación en siglos, no existe otro con esas características. El conflicto entre las empresas ferrocarrileras y la ciudad ha sido permanente y lo seguirá siendo. El rompimiento del esquema natural de desagüe se trastocó con los terraplenes de las ferrovías. La ciudad exige mejoras, las compañías se han negado históricamente a cumplir con las condiciones de los contratos establecidos desde 1879. Los juarenses querían progreso e inserción en el mercado mundial: el costo que se debía pagar era muy alto y los intereses son aún más.

Esto nos lleva a un aspecto más tratado por Alejandro González Milea, aunque las fuentes de información nos quedan a deber. ¿Quiénes planearon y quiénes ejecutaron los planes? Los constructores forman parte fundamental de esta historia narrada por el investigador universitario. Nos encontramos con personajes formados en las aulas superiores, así como con gente que aprendió sobre la marcha, dentro de la obra. En realidad, era una



época en la que más valía contar con los recursos y con alguien que más o menos comprendiera los aspectos que dicta el sentido común para erigir una estructura que diera cabida a las necesidades del momento.

El hecho simple y llano es que fue mucha la gente del más diverso origen quien se hizo cargo de dirigir la construcción en la ciudad, de señalar necesidades y sugerir soluciones a los problemas detectados. ¿Prevaleció el conocimiento o la experiencia? ¿Estuvieron o han estado por encima los títulos académicos? ¿Las soluciones planteadas y llevadas a cabo parten del saber o simplemente de lo que conviene más a los intereses dominantes en el momento? ¿Cómo se entiende el bien común? No cabe duda de que en el sistema de vida que defendemos el interés de unos cuantos, los que más pueden, se ubica por encima de los intereses y necesidades del resto. La ficción democrática se limita a una serie de consultas diseñadas para avalar las decisiones ya tomadas.

Estos aspectos y muchos más pueden ser retomados a partir de la lectura de las ideas expresadas por Alejandro González Milea en su libro *Una mirada a los constructores de una ciudad fronteriza. Ingenieros, arquitectos y maestros de obra en Ciudad Juárez (1888-1928)*. 

